



La Orquesta de mujeres de Auschwitz

Una historia de supervivencia

ANNE SEBBA

CRÍTICA

ANNE SEBBA

LA ORQUESTA
DE MUJERES
DE AUSCHWITZ

La música las salvó del horror,
pero no del sufrimiento

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2026

La orquesta de mujeres de Auschwitz. Una historia de supervivencia
Anne Sebba

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estará contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Women's Orchestra of Auschwitz*

© Anne Sebba, 2025

Traducción: Mera, 2025

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664,
08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-834-1

Depósito legal: B. 20.748-2025

Impresión y encuadernación: Blackprint

Printed in Spain – Impreso en España



Ya no sentíamos dolor

El 1.º de septiembre de 1939, las tropas alemanas llegaron a Polonia. Dos días después, Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania, ya que la invasión los obligó a cumplir con las promesas que le habían hecho a Polonia, que también estaba siendo atacada por la Unión Soviética por el este, la cual a su vez había firmado un pacto con los nazis en agosto. Polonia, que había sido un estado independiente desde 1918, quedó dividida, con un tercio de los más de tres millones de judíos del país bajo dominio soviético. Miles de judíos polacos huyeron hacia el este para escapar de los nazis; sin embargo, la mayoría fue enviada a campos de trabajo en Siberia. Aunque las condiciones eran brutales y el antisemitismo la norma, los rusos veían a estas personas como una fuerza de trabajo útil en los bosques, las minas y las granjas, y no siguieron la política nazi de genocidio deliberado. Muchos de estos judíos polacos, relativamente afortunados, lograron sobrevivir. Durante los últimos años de la guerra, algunos de ellos consiguieron unirse a unidades especiales como la Brigada Polaca Independiente de los Cárpatos, que luchó contra los nazis en el norte de África. Otros polacos exiliados contribuyeron de manera considerable al esfuerzo militar de los Aliados a lo largo de la guerra, luchando por tierra, mar y aire en una gran variedad de escenarios, incluyendo la ampliamente documentada

ocasión en que 145 pilotos polacos volaron bajo el mando británico en 1940, durante la Batalla de Inglaterra.

Mientras tanto, el resto de los judíos que quedaban en Polonia bajo el mandato nazi estaba en peligro mortal. Su exterminio, aunque no era un objetivo oficial de la guerra nazi, comenzó en cuanto las tropas de Hitler cruzaron la frontera polaca. Las unidades operativas de las SS recorrían los pueblos recién capturados, alineando a los judíos para ejecutarlos, asesinándolos al azar e incendiando sus negocios.

Estas matanzas aleatorias se convirtieron rápidamente en asesinatos masivos sistemáticos. A finales de 1941, después de la invasión de la Unión Soviética, los escuadrones de la muerte nazis habían logrado exterminar a miles de judíos en el este de Polonia y en los Estados bálticos de Letonia y Lituania, a menudo con la ayuda de comunidades locales con antiguos odios antisemitas. Al mismo tiempo, los nazis exportaron el sistema de campos de concentración que existía en Alemania a los territorios que habían conquistado en el este para recluir a los judíos destinados a las cámaras de gas, así como a una amplia variedad de personas que el Tercer Reich percibía como enemigos en Europa, desde gitanos y comunistas hasta nacionalistas y homosexuales.

Auschwitz, el nombre alemán para la ciudad medieval de Oświęcim en Polonia, el hogar de muchas familias judías, era el centro de la amplia red de campos de concentración. El 27 de abril de 1940, el comandante en jefe de las SS, Heinrich Himmler, dio la orden de fundar un complejo de campos en donde solían estar los barracones del ejército austrohúngaro, cerca del centro de la ciudad y de una fábrica de tabaco abandonada. Enviaron prisioneros con el propósito de que ellos se encargaran de la limpieza y la construcción. Este campo, originalmente llamado Auschwitz I, o *Stammlager*, se mantuvo como núcleo y centro administrativo de un vasto complejo de campos de concentración, con una famosa reja que proclamaba *Arbeit*

macht frei [El trabajo libera], y se convirtió en un símbolo del Holocausto.

De manera gradual, Auschwitz se convirtió en una red de campos de concentración y exterminio, así como de fábricas, conforme el Holocausto judío ganaba impulso. La red de campos se encontraba en Alta Silesia, una región en el sur de Polonia que se acababa de incorporar a Alemania, en la confluencia de los ríos Vístula y Soła.

En términos de logística, la ubicación de Auschwitz era ideal para el propósito de los nazis, ya que se encontraba en el centro de importantes redes ferroviarias y de carreteras, lo cual les facilitaba transportar grandes cantidades de personas desde diferentes puntos de salida en Europa. Sin embargo, también estaba aislada del resto del mundo, a pesar de estar bien comunicada con el Gobierno general de Polonia, bajo control alemán, y su cercanía a lo que en ese momento eran Austria y Checoslovaquia.

El primer comandante de Auschwitz I, Rudolf Höss, era un oficial de 38 años con mucha experiencia que había trabajado en el primer campo de concentración nazi en Dachau, cerca de Múnich, y después en Sachsenhausen, que dirigió desde 1938 hasta que fue transferido a Auschwitz en 1940. El 4 de mayo fue nombrado comandante de manera oficial.

En Auschwitz, Höss, su esposa, Hedwig, y sus cuatro hijos vivían en una cómoda casa de dos pisos con prisioneros como sirvientes domésticos y un lindo jardín con vistas al primer crematorio.

Los primeros dos años, Auschwitz no era un campo de concentración específicamente para judíos. Los presos originales eran una mezcla de prisioneros políticos y criminales profesionales de todas partes del Reich alemán, incluyendo Austria, Checoslovaquia y las regiones anexadas del oeste de Polonia. El primer transporte en masa de prisioneros, con 728 hombres polacos de la prisión de Tarnów, llegó a Auschwitz el 14 de junio, inmediatamente después de la caída de Francia. El cargamento incluía judíos y católicos, muchos de los cuales habían sido arrestados cuando intentaban cruzar la



Tres oficiales de las SS en Auschwitz (de izquierda a derecha): Richard Baer (comandante de Auschwitz), Josef Mengele y Rudolf Höss (el antiguo comandante).

frontera sur de Polonia para alcanzar al nuevo ejército de exiliados polacos que se había formado en Francia. Gracias a que en los primeros meses aumentó la llegada de prisioneros, Höss ordenó que se estableciera Auschwitz II, o Auschwitz-Birkenau, a 3 kilómetros del campo original. Con el objetivo de hacer espacio para Birkenau, el pueblo de Brzezinka y otras aldeas cercanas fueron destruidos, desalojando a los judíos y polacos que vivían en la zona.

Birkenau, que tomó el nombre de los bosques de abedules de la zona, ya estaba operando en marzo de 1942, aunque la construcción del campo aún no había terminado. Ahí se establecerían el crematorio principal y las llamadas «cámaras» de gas, cuartos disfrazados como baños que las SS llamaban «morgues» en sus planes de construcción. Para ese momento, los nazis ya no dependían de lentas y molestas unidades móviles de gas para matar a sus víctimas, ya que habían perfeccionado la manera de asesinar a gran cantidad de personas, predominantemente judías, con contenedores de gas Zyklon B, un pesticida hecho a base de cianuro.

Hasta 1942, los primeros campos de Auschwitz eran solo para hombres. Las primeras mujeres llegaron a finales de marzo de ese año, y los grupos no tardaron en incluir a madres con hijos que fueron enviadas a las cámaras de gas de inmediato. Las mujeres que sobrevivían eran tratadas como esclavas y enviadas a trabajar; la mayoría en equipos de demolición a fin de despejar espacio para la expansión del campo, sin ningún tipo de cuarentena ni sometimiento a la «selección», un eufemismo para el sistema que los nazis utilizaban para decidir quién podía trabajar y quién iba directamente a las cámaras de gas desde el momento de su llegada al complejo.

Se desarrolló una rápida proliferación de subcampos, algunos a poca distancia de la estación principal de Auschwitz. Muchos prisioneros eran «vendidos» a la industria alemana como mano de obra esclava, para apoyar en la guerra. La más grande de estas fábricas de esclavos en Auschwitz, que llegaron a ser cuarenta, era la planta Buna de caucho sintético en Monowitz, establecida en octubre de 1942 y conocida como Auschwitz III. Estaba bajo el mando del conglomerado químico IG Farben y, aunque las condiciones de trabajo en Buna y otras fábricas de Auschwitz eran brutales, los prisioneros que lograban tolerar el régimen estaban a salvo de la exterminación.

A finales de 1942, Auschwitz se había convertido en uno de los centros nazis de exterminio más grandes, cuyos campos ocupaban un área de casi cuarenta kilómetros cuadrados que los alemanes calificaron como «zona de interés». En el verano de 1941, Himmler le informó a Höss que Auschwitz había sido elegido como un sitio clave para la exterminación masiva de judíos, y para enero del siguiente año, el plan, que los nazis de manera eufemística llamaban «la solución final», había sido formalizado por un pequeño grupo de oficiales nazis de alto rango, incluyendo al teniente coronel Adolf Eichmann, que se especializaba en «asuntos judíos».

Se reunieron en una impresionante villa al lado de un río en las afueras de Berlín y acordaron que los judíos que quedaban

en Europa ya no tenían permiso para emigrar; debían ser exterminados. La Conferencia de Wannsee fue dirigida por Reinhard Heydrich, de 37 años, quien utilizó el suceso para afirmar su autoridad en el proceso de la aniquilación judía, que remplazaría las matanzas aleatorias. Esto había sido una parte fundamental de la cosmovisión y el manifiesto de Hitler. En menos de un día se decidió que toda la población de Europa, cuyo contingente judío alcanzaba los once millones, según Heydrich, y países que Alemania aún no había ocupado, como Suiza, Irlanda, Suecia, España, Portugal y la parte europea de Turquía, quedarían libres de judíos: *Judenfrei* o *Judenrein*, Heinrich Himmler era el oficial nazi de alto rango que quedó a cargo de implementar la solución final, por lo que debía supervisar los campos de concentración.

A partir de este momento, la orquesta de mujeres de Auschwitz y sus contrapartes masculinas se suman a esta terrible historia. Incluso mientras los nazis buscaban erradicar cualquier rastro de los judíos, una parte fundamental de la cultura judía sobrevivía en Auschwitz. La música era una parte integral de la vida en casi todos los campos nazis, aunque había sido subvertida en esta situación, ya que su finalidad no era brindar placer, sino que se empleaba como un método adicional de tortura.

Aunque las orquestas de Auschwitz incluían a personas no judías, al menos la mitad de los músicos sí lo eran, lo cual creaba un delicado balance que los nazis supervisaban de cerca. Era posible que el balance quedara a favor de los judíos, una consecuencia natural al ser el grupo de prisioneros mayoritario. Pero también decía mucho sobre la centralización de la música para los judíos de todas las clases sociales, sin importar dónde vivieran, desde artistas callejeros, con un poco o nada de preparación, hasta educados intérpretes profesionales. Las oraciones en las sinagogas han sido acompañadas por música y cantos desde tiempos inmemoriales, mientras que el *klezmer*, a veces descrito como yidis sin palabras, es un estilo de música folk que se originó durante la Edad Media en la

comunidad judía del este de Europa, Grecia y la región balcánica. Solía tocarse en celebraciones, como bodas o *bar mitzvá*, y tenía una rica tradición que incorporaba elementos prestados de la música litúrgica judía, entonaciones jasídicas y teatro yidis. La música que había sido una reafirmación de la humanidad se estaba utilizando como una herramienta adicional en la lucha por destruirla.

Las orquestas de Auschwitz expusieron la grotesca contradicción en el centro de la solución final: la incapacidad de los nazis para decidir si querían eliminar a los judíos porque eran lo peor de lo peor o porque dominaban el mundo, según las malvadas teorías conspirativas. Una orquesta liderada por judíos era un recordatorio visible de esta confusión.

En febrero de 1942, unas semanas después de la Conferencia de Wannsee, los primeros cargamentos de judíos destinados a morir llegaron a Auschwitz I. A estas personas las gasearon con Zyklon B y luego incineraron sus cuerpos en el crematorio del campo principal, un monte lleno de pasto sobre un búnker no muy lejos de la enorme casa familiar con jardín del comandante. En marzo, la masacre se transfirió a Birkenau, donde se estaba organizando de manera apresurada una operación de asesinato masivo.

Al principio, dos graneros, uno rojo y uno blanco, escondidos detrás de ramas y hojas, fueron usados como cámaras de gas encubiertas. Una vez usadas, sacaban los cuerpos y los enterraban en fosas comunes. Después, los prisioneros involucrados en los entierros, que solían ser jóvenes judíos en forma, eran llevados a la enfermería y asesinados con una inyección de fenol.¹ Unos meses después, en Birkenau, comenzaron a construir cuatro estructuras enormes, que se usarían para el exterminio con gas y sus respectivos crematorios. Estos edificios les permitieron a los nazis matar a escala industrial, dejando tras de sí solo cenizas.

El inicio del transporte masivo de hombres y mujeres judías a Auschwitz en 1942 creó la necesidad de un campo para mujeres. El

26 de marzo, el primer transporte de 999 mujeres que llegó de Ravensbrück se encargó de preparar las nuevas instalaciones en Birkenau. El grupo no judío de Ravensbrück incluía a mujeres alemanas clasificadas como asociales o criminales, e incluso algunas presas políticas. Se les asignó hacerse cargo de las mujeres judías que ahora inundaban Auschwitz: Birkenau todavía no estaba listo para recibirlas.

Ese mismo día, 26 de marzo de 1942, el primer cargamento con 997^{III} jóvenes judías de Eslovaquia llegó a Auschwitz, la mayoría había sido capturada porque los gobernantes de sus respectivas aldeas, marionetas de los nazis, las habían amenazado. No imaginaban lo que se avecinaba. Solo sabían que las enviaban a hacer algún tipo de trabajo público, y que sus padres, que por el momento se habían quedado en sus hogares, sufrirían las consecuencias si se negaban.

Este grupo inicial pasó varios días en un corral dentro de un campo transitorio, en el pueblo eslovaco de Poprad, mientras su número seguía aumentando; luego, las metieron en vagones para ganado sin ventilación, en un viaje en tren de 24 horas hacia Auschwitz. Había más o menos ochenta mujeres desorientadas en cada vagón sin baño, simplemente un cubo. Dos días después, llegó otro cargamento con poco menos de 1.000 mujeres desde Bratislava, la capital de Eslovaquia. Desde ese momento, la cantidad de cargamentos con prisioneras continuó en ascenso.

Al principio, solo enviaban a mujeres jóvenes y saludables, de no más de 45 años, a Auschwitz en las caravanas iniciales, ya que su propósito era trabajar. Por ello, no se realizaba una selección previa para exterminar a las prisioneras débiles o de edad avanzada. Una de las mujeres judías en el segundo cargamento eslovaco era Helen «Zippi» Spitzer, de casi 24 años, una joven y astuta sobreviviente que logró crear varios roles para sí misma dentro del campo, lo cual

^{III} Al inicio se creía que eran 999, pero había dos nombres duplicados.

aseguró que interactuara con personas de alto rango y que más adelante conociera a la orquesta de mujeres de Birkenau. Zippi, como le gustaba que la llamaran,^{IV} recordó con frialdad, 58 años después, en el 2000, su humillante y brutal experiencia en aquel frío día de finales de marzo de 1942, cuando entró en Auschwitz. El viaje en sí había sido «no muy amable», dijo, pero «el desembarco fue muy rudo... inexplicablemente rudo».²

Su grupo llegó a un campo abierto en las afueras del pueblo de Oświęcim, donde las guardianas de las SS formaron a las mujeres, exhaustas y hambrientas, y las obligaron a marchar en filas de cinco hasta la entrada del campo principal. Pasaron debajo del arco donde se leía «*Arbeit macht frei*», pero Zippi reconoció algunos letreros que decían «*Halt*» y algunas otras señales de alerta, al igual que un pequeño símbolo blanco acompañado de la palabra *Konzentrations-lager* en negro, así que «en el momento en que crucé la reja, supe dónde estaba».³

Fueron obligadas a quitarse la ropa, bañarse con agua helada y rasurarse el cuerpo completo, incluida la zona púbica, en parte por razones higiénicas para evitar el contagio de piojos, pero el proceso, que solía quedar en manos de enfermeros, también era denigrante. Eran desinfectadas y registradas antes de ser tatuadas de manera brutal con un número. Auschwitz era el único campo nazi donde marcaban los antebrazos de los prisioneros de manera permanente, un paso más en el proceso de deshumanización que reducía a las personas a un simple número.

Durante su primera entrevista después de la guerra, en 1946, Zippi describió en términos emocionales que se sintió como si ella y las otras mujeres estuvieran «siendo inspeccionadas como ganado. Era como una feria de ganado. Nos daban vueltas y así/ derecha e

^{IV} El nombre, derivado del hebreo *Zipporah*, era un disfraz inteligente, porque no estaba registrada de esa manera en ninguna zona del campamento. Según ella, esto la ayudaría si sus mensajes eran interceptados por las SS.

izquierda/ ... [estábamos] desnudas... había un doctor de las SS, el doctor Franz Bodmann, esa vez del doctor Lager... quien nos revisó».⁴

Cuando le preguntaron si el tatuaje le había dolido, ella respondió:

—Ya no sentíamos dolor, porque... quitar el pelo de la cabeza de una mujer... toda la transformación que sufrimos en ese momento había dolido mucho más, así que ya no sentíamos nada. Era como... ¿como ser transformadas en piedra?⁵

Zippi era la prisionera número 2.286, un número bajo que la distinguía como parte de la élite en el campo, o *prominenten*, cuanto más tiempo sobrevivía. En las diversas entrevistas que concedió a lo largo de los años, nunca mencionó que, como les sucedía a otras jóvenes eslovacas, le hubieran metido una mano en la vagina para comprobar que no ocultara joyas. Quienes sufrieron esa violencia, muchas de ellas adolescentes vírgenes —en los primeros grupos de mujeres eslovacas todas eran solteras—, quedaron tan traumatizadas por la experiencia que nunca lograron describirla realmente. Muchas de ellas recordaban la nieve con manchas de sangre, un posible resultado de ese trato o una consecuencia de la falta de toallas sanitarias para contener su sangrado menstrual.⁶ Zippi siempre se sintió más cómoda hablando del trabajo que había realizado en el campo de concentración que de sus sentimientos.

Finalmente, a las mujeres les daban los uniformes de prisioneros de guerra rusos recién ejecutados, sin importar qué tan mal les quedaran o qué tan llenos de sangre y piojos estuvieran. No les daban ropa interior, y muy pocas mujeres lograban encontrar zapatos que les quedaran. Los zapatos eran necesarios para sobrevivir, ya que las prisioneras tenían que caminar por calles llenas de lodo, hielo o piedras. Quienes no tenían zapatos se veían obligadas a caminar descalzas y sufrían sabañones, heridas o cortes que se infectaban, lo cual aumentaba la probabilidad de que las llevaran a las cámaras de gas. Como resultado, los zapatos se convirtieron en una moneda valiosa, incluso más que el pan, y siempre eran robados.

No se sabe muy bien cómo es que Zippi logró conservar las botas de montaña con broches metálicos con las que llegó, pero es un gran indicio de su determinación para sobrevivir. Cuando le preguntaron al respecto años después, explicó lo siguiente:

—Porque cada vez [*sic*] que estaban, alguien quería quitarme los zapatos, especialmente las mujeres alemanas, me detenían y querían quitármelos, porque se veían muy bien y eran pesados. Pero siempre eran demasiado pequeños, yo tenía un pie pequeño... y ninguna de las mujeres alemanas tuvo suerte. Así que me quedé los zapatos.⁷

Zippi fue asignada al trabajo pesado, el *Kommando* de demolición, un equipo creado para demoler edificios y hacer espacio para que el nuevo campo fuera más grande. Durante las primeras semanas, una chimenea colapsó sobre ella y sufrió una dolorosa lesión en la espalda. Desesperada por encontrar una tarea menos peligrosa, se atrevió a acercarse a la jefa de las prisioneras del campo, una comunista alemana llamada Eva Wiegel, y pidió que la transfirieran. Zippi tenía un buen nivel de alemán, así que le explicó a Wiegel que era una artista gráfica profesional, un logro poco común para una mujer. Días después, Zippi fue asignada a otro trabajo bajo techo.

El hecho de que Zippi lograra sobrevivir tres años en Auschwitz la convierte en un testigo excepcional de la vida en el campo de concentración, lo cual resalta muchas de las partes más absurdas del sistema. Cuando la entrevistaron años después, habló de la «suerte». Curiosamente, un aspecto de esa suerte implicaba haber llegado lo bastante pronto al establecimiento del campo de concentración como para ser testigo del caos y mostrarles a las guardianas que ella podía ayudar a poner un poco de orden. Había crecido en una próspera familia judía de clase media en Bratislava, y hablaba alemán, eslovaco y húngaro de manera fluida, además entendía un poco de francés. Su fluidez lingüística la ayudó a aprender ciertas frases en otros idiomas, como polaco, yidis o ruso, además del lenguaje co-

loquial esencial del campo de concentración, *lagersprache*, un tipo de jerga alemana que no tardó en predominar.

La música también había sido parte de su educación básica. Tocaba el piano y la mandolina, habilidades que se convertirían en una ruta adicional de supervivencia una vez que la orquesta de mujeres se estableciera. Sin duda, su personalidad y su liderazgo natural fueron fundamentales, pero fue su carrera profesional como artista gráfica, que incluía un curso de cuatro años con entrenamiento en administración y contabilidad, lo que la ayudó a conseguir que la sacaran del *Kommando* de trabajo al aire libre.

Los nazis no tardaron en quedarse sin uniformes de prisioneros de guerra rusos y, con la ayuda de Wiegel, Zippi se encargó de mezclar pintura a partir de materias primas y marcar la ropa de los prisioneros con dos líneas color bermellón.

—Me dieron pintura roja en polvo, un bote de barniz y una brocha. Me ordenaron que mezclara la pintura. Después me llevaron a las prisioneras y me dijeron que pintara una línea vertical... No querían a un pintor hombre en el campo de mujeres y yo era la única mujer que había trabajado con pintura.⁸

Lo que usaban a veces eran vestidos confiscados de los cargamentos más recientes en lugar de la ya conocida tela a rayas azules y grises, que estaba escaseando. Las gruesas e indelebles líneas rojas significaban que los prisioneros podían salir a trabajar y aun así sería fácil identificarlos sin importar que no llevaran un uniforme.^v

^v Zippi no tardó en comenzar a trabajar en otras áreas del registro de prisioneras, como marcar en negro el número que coincidía con el tatuaje individual de cada una en pequeños retazos de tela que las prisioneras debían coser por su cuenta. Zippi también repartía los diferentes triángulos de colores (*winkel*), lo cual indicaba que eran testigos de Jehová (morado), un «criminal» (verde), un prisionero político (rojo) o alguna otra categoría. Los judíos eran identificados con una estrella bicolor de seis puntas, un *winkel* amarillo sobre otro, ambos amarillos a menos que la prisionera perteneciera a otra categoría. Una prisionera política

La creciente participación de Zippi en el registro la puso en contacto con la jerarquía controlada por las SS, la administración nazi y las guardianas, a quienes a veces se les llamaba «mujeres de las SS» (era incorrecto, porque las SS eran una organización conformada en su totalidad por hombres). El sistema entero era supervisado por hombres, e incluso las mujeres nazis de alto rango dentro del campo de concentración dependían de los hombres para mantener su autoridad secundaria. Zippi pronto fue percibida como una pieza clave en los mecanismos nazis de control, basados en reducir a las prisioneras a meros números.

En agosto de 1942, cinco meses después de su llegada, las prisioneras fueron trasladadas al campo en Birkenau que seguía en construcción. Al principio, la situación fue aún más caótica que en la sección masculina de Birkenau, en parte porque, a diferencia de los hombres kapos —funcionarios penitenciarios que los nazis usaban en lugar de guardias para supervisar el trabajo forzado—, que solían tener un entrenamiento militar básico, ninguna de las mujeres kapos tenía experiencia para imponer orden.

—Eran niñas comunes y corrientes, no profesionales. Tenían que distribuir la comida y no sabían cómo hacer eso —recordaba Zippi en el año 2000, aunque la distribución de comida solía estar a cargo de las más humildes *Blockälteste*, no por las kapos.⁹

Los primitivos e incompletos barracones de la sección BIa de Birkenau no eran suficientes para los constantes y aún más grandes cargamentos masivos de mujeres que comenzaban a llegar a Auschwitz. Los edificios cada vez más saturados no tenían agua ni un sistema de aguas residuales, y el suelo era una mezcla de arcilla y lodo. Incluso un intento rudimentario de higiene era imposible con agua sucia, letrinas de pozo y sin acceso a papel higiénico ni jabón.

judía, por ejemplo, se identificaría con un triángulo amarillo debajo de un triángulo rojo.

Casi de inmediato, se reportaron brotes de piojos y fiebre tifoidea. Muchas mujeres murieron a causa de la desnutrición, la inanición, el trabajo forzado que excedía sus capacidades y las deplorables condiciones sanitarias, que incluían ratones, ratas, gusanos y piojos. La situación se salió de control rápidamente, ya que los colchones para las mujeres transferidas a Birkenau ya estaban infestados y todas sufrían de baja inmunidad.¹⁰

La fiebre tifoidea fue propagada por los piojos que pululaban por los cuerpos, la ropa y el cabello de las prisioneras. Muchas han descrito de forma gráfica cómo intentaban quitarse los parásitos con las manos, solo para verlos regresar a otras partes de sus cuerpos. En agosto de 1942, en medio de un brote de fiebre tifoidea, hubo una selección masiva cuando los nazis acorralaron a cientos de prisioneras de los barracones para llevarlas a las cámaras de gas. Sin embargo, la enfermedad continuó propagándose y, para el otoño de ese año, más de doscientas mujeres morían diariamente, la mayoría a causa de la fiebre.

En el otoño de 1942, Zippi se enfermó gravemente.

—Hubo un momento en el que creí que no sobreviviría. Se llevaban a las personas; subían barracones enteros a camiones y se iban directo al crematorio. En una ocasión, estuve muy enferma y me llevaron al hospital, y al resto las llevaron a las cámaras de gas. Me seleccionaron por mis actividades y la organización del campo, querían que viviera. —Eso creía Zippi—. Fui la única a la que salvaron de entre 10.000 gracias a mi habilidad... Sobreviví; esos momentos eran milagros.¹¹

De acuerdo con Zippi, su «carrera» en el campo de concentración evolucionó porque sabía hablar alemán y lo usaba para crear contactos. Cuando se enfermó en otoño, el haberse hecho amiga de la secretaria del entonces supervisor, *Rapportführerin* (guardiana principal), Margot Dreschel (a la que otras prisioneras solían referirse como Drexler), fue suficiente para «que todos en el hospital quisieran sacarme de ahí. Las SS querían que trabajara».¹²

Poco tiempo después de su recuperación, aumentaron sus responsabilidades administrativas en todo el campo de mujeres.

—De alguna manera, por pura suerte —insistió tiempo después.¹³

Una de sus amigas eslovacas era una contadora a la que le habían asignado la tarea de establecer un sistema de identificación, porque revisar los números era algo crucial para la administración del campo. Obligar a las prisioneras a estar de pie, horas antes de la madrugada, en el frío y la humedad afuera de los barracones era muy difícil porque no podían ni querían quedarse quietas. Algunas se desmayaban, otras se cambiaban de fila y, a veces, alguna simplemente caía muerta.

Zippi decía que ella había ayudado a diseñar el sistema, con formatos y un pase de lista previo, que hacía el proceso mucho más eficiente.

—Al reducir el tiempo del pase de lista de cuatro horas a cuarenta minutos, podías salvar vidas. Las personas podían regresar adentro en lugar de quedarse afuera en el frío o la lluvia.¹⁴

Zippi estaba orgullosa de ese logro, pero uno podría argumentar que exageraba su impacto positivo, ya que casi todas las prisioneras que sobrevivieron a Auschwitz y recordaban su sufrimiento hablaban de lo horrible que era soportar el pase de lista a temperaturas heladas.

A Zippi le dieron un puesto de secretaria en una oficina que trabajaba para la *Haflingsschreibstube*, o administración de prisioneras, en Birkenau. Su alojamiento mejoró de manera considerable, porque dormía y comía en una pequeña habitación que estaba directamente sobre la oficina. También había logrado adquirir jabón, toallas, un cepillo y pasta de dientes, lujos desconocidos para prisioneras comunes y corrientes, ya que se esperaba que se viera limpia y bien arreglada en caso de que tuviera que interactuar con los oficiales alemanes.

Su trabajo, junto con el de otras treinta mujeres de diferentes nacionalidades, era actualizar los archivos con los datos de todas las

recién llegadas al campo que no habían ido a las cámaras de gas. Les preguntaban a estas «afortunadas» sobre sus ocupaciones anteriores, información que le permitía a Zippi y a sus compañeras saber qué prisioneras tenían habilidades en ciertas áreas. Su sistema de clasificación era esencial cuando el *Arbeitsdienst* (el Registro de Trabajo) presentaba una solicitud para un trabajo en particular con el *Arbeitseinsatz* (el Departamento de Despliegue de Mano de Obra), tanto para trabajos dentro del complejo como para el envío de mano de obra esclava a empresas privadas alemanas.

—Si necesitaban sastres o costureras, sabíamos exactamente cómo darles cincuenta opciones de sastres o quinientas de obreras —explicó Zippi en una entrevista en el año 2000.¹⁵

Ocasionalmente, anotaban a quienes se dedicaban a la música, pero a finales de 1942 no había una ocupación útil para ellas. Si les avisaban con suficiente tiempo, algunas informaban cualquier habilidad que podía ser útil, por ejemplo, diseñadora.

Al principio, Zippi trabajaba en la organización administrativa del campo de mujeres con Katya Singer, una compañera eslovaca con quien había entablado una amistad de camino a Auschwitz; ella también había logrado que le asignaran actividades de oficina.

—Katya estaba en el mismo vagón, gritando y llorando, de camino a Auschwitz y le pedí que dejara de hacerlo. Aunque todas nos hubiéramos puesto a llorar, no habría servido de nada.¹⁶

Katya se identificaba como cristiana, aunque sus padres eran judíos asimilados. Como tal, no podía entender cómo había sido incluida en la redada, ya que había ignorado el llamado inicial para que todas las jóvenes judías en Bratislava se reportaran al campo de transición. En septiembre de 1942, a Katya le asignaron la posición de *Rapportschreiberin*,¹⁷ una funcionaria de alto rango en el campo que a veces cumplía con el rol de directora de operaciones, lo cual le daba el derecho a tener una sirvienta, un pequeño cuarto y un ropero. Se trataba de un alojamiento superior al de Zippi y exponía a

Katya a la acusación de colaboración, en ese momento y después, ya que estaba trabajando de manera muy directa para la jerarquía nazi.¹⁸

Trabajar en esos puestos administrativos era un área gris, pero Zippi logró sortearla con éxito mientras trabajaba con Katya. Ambas mujeres eran conocidas por salvar vidas cuando podían, enviando mujeres a los *Kommandos* de trabajo «más seguros» o cambiando algunos números. Pero el hecho de que Katya tuviera una pareja nazi en el campo, un suboficial casado llamado Gerhard Palitzsch, conocido por presumir de haber asesinado a cientos de personas en el muro de la muerte de Auschwitz, finalmente la llevó a la ruina en 1944. Zippi siempre estuvo en contra de la relación. Cuando el amorío salió a la luz y denunciaron a Katya, Palitzsch fue castigado por «corrupción racial» (*Rassenschande*) y enviado a luchar en el frente, donde murió a los 31 años.^{VI} Katya fue enviada a exterminación en otro campo, Stutthof, en 1944, al cual sobrevivió, porque, al parecer, la maquinaria de gas estaba temporalmente fuera de servicio.

Durante una entrevista en 1991, Katya insistía en que, en 1942, «todo estaba empezando. Las prisioneras estaban creando el campo de concentración de mujeres y quien quisiera el trabajo podía ser *Rapportschreiberin*». ¹⁹ Describía los complicados mecanismos y la falta de un sistema apropiado que les aguardaban a su llegada, y sostenía que, al explotar el caos, ella y Zippi habían sido capaces de crear la organización administrativa básica del campo de mujeres. De acuerdo con Katya, su trabajo había complacido a sus superiores nazis y «salvado la vida de muchas mujeres»: ²⁰

Todos los días las administradoras de los prisioneros o *blokovas*
[la palabra polaca para las mujeres prisioneras a cargo de los

^{VI} Palitzsch fue sentenciado a varios años en prisión, pero fue indultado y dado de baja de las SS en junio de 1944. Luego lo enviaron a una unidad penal. Las circunstancias exactas de su muerte se desconocen; se dice que cayó en combate el 7 de diciembre de 1944.

bloques de distribución de comida, pase de lista y selecciones] le entregaban un informe a la Oficina Administrativa. La oficina de las SS nos daba los informes del recinto hospitalario y de todas las prisioneras separadas [las que trabajaban fuera del campo de concentración]. Después hacíamos listas de cuántas mujeres había en cada sitio.

Le daba a Zippi todos los registros: cuántas mujeres había en la *revier* (enfermería), en el *Stabsgebäude* (Oficina Principal), cuántas habían ido a las cámaras de gas. Los números tenían que ser precisos, porque si había 6.000 mujeres en el campo, los números de la *Vorappell* (el conteo previo al pase de lista) tenían que ser iguales. Después el *Blockführer* de las SS solo revisaba los números de la *Vorappell* y debían coincidir con los números de la *Zählappell* matutina [el pase de lista].

Los números no se repetían en Auschwitz. Los números estaban registrados de manera consecutiva en el gran libro del campo. Cuando una prisionera moría, tachábamos el número y su nombre, y hacíamos columnas individuales para todo en un libro nuevo: columnas para las enfermas, las muertas, los bloques individuales, el número de personas en cada bloque que estaban bien, enfermas, en destacamento, *Stabsgebäude*, agricultura, fábricas.

Con ese tipo de organización en el *Lagerbuch*, logramos salvar las vidas de muchas mujeres. Zippi escribía números de personas muertas. Cuando había una selección y me daban la lista de números, yo insertaba «números muertos» en lugar de los vivos que quería salvar. Si se suponía que quinientas personas fueran a las cámaras de gas, en realidad solo iban cien. El resto eran números muertos... los nazis solo querían la lista de control, no contaban a las personas en los camiones. Nadie se enteró nunca de que hacíamos eso.²¹